

para quien sabe explotarlo, y, sobre todo, de que muy cerca de él, en su misma casa, vivía una mujer hermosa que le amaba en secreto y que acababa probablemente una ocasión de decírselo a solas, y el estudiante pensó:

—¿Por qué no he de conquistar también a Luisa?

Desde aquel momento puso todo su empeño en agradarla, y no perdía oportunidad para decirle alguna galantería. Luisa comprendió al momento lo que aquello significaba: ¡qué inconstantes son los hombres!... Joaquín, cansado del cariño de Lola, buscaba el suyo, y la idea de que su amante volviera a equivocarse de cuarto, la trastornaba. Pero, ¿cómo oponerse a los deseos del veleidoso estudiante? ¿Cómo decirle que Lola era ella y deshacer de una vez el enredo?... Sentía unas angustias mortales, celos horribles, pero se contenía esperando ver en lo que paraba toda aquella farsa. Al principio adoptó el sistema de tratar mal a Joaquín y de contestarle con acritud a sus amorosas insinuaciones, con objeto de amedrentarle, pero no tuvo fuerzas ni valor para tanto. ¿Cómo reñir durante el día al que colmaba de caricias por la noche? ¿Cómo maltratarle de palabra, si sus ojos zalameros la traicionaban?... Aquel pícaro muchacho la tenía hechizada y no podía odiarle ni aún con el pensamiento.

Joaquín así lo comprendía, y fiado en su ingenio y en el triunfo que coronó su primera aventura, decidió, después de examinar bien el terreno, acometer la segunda.

Era el día 19 de noviembre, fiesta de Todos los Santos.

Joaquín que había salido de paseo con sus amigos después de almuerzo, volvió a media tarde trayendo un gran papelón lleno de buñuelos de viento, y diciendo a Lola y a Luisa que quería llevarlas al teatro a ver a "Don Juan Tenorio".

—¿Qué más don Juan que usted ni qué mejor doña Inés que yo? — exclamó Lolita.

—Sin embargo, — repuso Joaquín, — todo buen español está obligado a ver el "Tenorio" en estos días, y a mí me gusta seguir la costumbre, sobre todo, si es buena, como ésta.

Aún opusieron las dos mujeres algunos reparos, negándose a ir so pretexto del mal tiempo que hacía, pero Joaquín se mantuvo firme en sus trece, y ellas acabaron por ceder.

Sirvióse la cena más temprano que de ordinario, y salieron a la calle; ninguna de las dos quiso vestirse bien, y se contentaron con ponerse un mantón peludo de color negro y un pañuelo de seda en la cabeza; parecían dos chulas ricas, pero dos chulas hermosísimas, de esas "flamencotas" de buena capa que levantan un temporal por donde pasan.

Joaquín iba en medio de ellas, reventando de satisfacción, dándolas el brazo, con el sombrero sobre las cejas, la mirada altanera, el gesto